

Catecismo (587-594) Jesús y la fe de Israel en el Dios único y Salvador

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Viendo como se presenta Jesús ante la ley, el templo, ante Israel; vamos poco a poco descubriendo como Jesús va creando un misterio en torno a su persona. Es un signo de contradicción: O desde Él se entiende toda la revelación que Dios había hecho en el antiguo testamento; o bien otros entenderán que era un impostor.

Todo este misterio de Jesús ante sus obras, ante su forma de hablar; va generando un misterio entorno a su persona, a su identidad: ¿Quién es este para que hable y obre así?

Lo importante ya no es lo que "dice o hace", si no "Quien es Jesús". El obrar es consecuencia del ser –si uno no es Dios, no puede hacer obras divinas-. Lo importante es el SER.

Jesús es signo de contradicción: quienes lo reconocen como hijo de Dios lo entienden todo; quienes no le aceptan como el Hijo de Dios no entienden nada, y ven en Jesús una contradicción en la que se estrellan.

Vamos a ir intercalando los puntos de este título para la explicación:

Punto 587:

Sólo la identidad divina de la persona de Jesús puede justificar una exigencia tan absoluta como ésta: "El que no está conmigo está contra mí" (Mt 12, 30); lo mismo cuando dice que él es "más que Jonás [...] más que Salomón" (Mt 12, 41-42), "más que el Templo" (Mt 12, 6); cuando recuerda, refiriéndose a que David llama al Mesías su Señor (cf. Mt 12, 36-37), cuando afirma: "Antes que naciese Abraham, Yo soy" (Jn 8, 58); e incluso: "El Padre y yo somos una sola cosa" (Jn 10, 30).

Punto 590:

Sólo la identidad divina de la persona de Jesús puede justificar una exigencia tan absoluta como ésta: "El que no está conmigo está contra mí" (Mt 12, 30); lo mismo cuando dice que él es "más que Jonás [...] más que Salomón" (Mt 12, 41-42), "más que el Templo" (Mt 12, 6); cuando recuerda, refiriéndose a que David llama al Mesías su Señor (cf. Mt 12, 36-37), cuando afirma: "Antes que naciese

Abraham, Yo soy" (Jn 8, 58); e incluso: "El Padre y yo somos una sola cosa" (Jn 10, 30).

Recordamos que en el evangelio de San Lucas, ya en los primeros episodios es cuando Jesús se manifiesta, y el anciano Simeón –que representa al resto de Israel que esperaba la llegada del Mesías- reconoce en Jesús “al deseado”, y también dice que va a ser signo de contradicción. Jesús es la salvación de muchos pero también para caída de otros. **En Jesús hay que hacer una opción definitiva, no cabe la imparcialidad ante Jesucristo.**

Todos nosotros estamos llamados a ser interpelados por Jesucristo.

Jesús fue signo de contradicción desde el primer momento, desde que Herodes tuvo celos por su nacimiento y comenzó a perseguirle, y otros –los pastores- alabaron a Dios porque habían visto la gloria de Dios en un niño.

El modo de enseñar de Jesús presenta una **autoridad única**, y al mismo tiempo una **sencillez única**, y a la vez una **libertad única**:

Jesús no enseña como los rabinos ni como los profetas. Los profetas decían: “*Oráculo del Señor*”. Jesús nunca hablo así. En los evangelios vemos que hablaba con una **AUTORIDAD PERSONAL**. Él decía: “*En verdad YO OS DIGO*”. Hablaba en nombre propio, no como un mero transmisor, sino con autoridad propia. Antes de Jesús se usaba la palabra “amen” –que quiere decir: “en verdad”- para ratificar oraciones de alabanza, de bendición, pero nunca se utilizó esta palabra como introducción a las propias palabras de uno (esto es lo curioso en Jesús). Esta fórmula “En verdad, Yo os digo”, se encuentra en todos los evangelios.

Jesús ocupa con su palabra la autoridad misma de Dios:

Marcos, 13, 31: “*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*”.

Este modo de hablar reviste a Jesús de autoridad. No ha venido a interpretar el antiguo testamento, tiene la audacia de decir: “Que ha venido a **llevar a plenitud** el antiguo testamento”.

Es más, cuando Jesús se refiere al antiguo testamento, tiene conciencia de que se cumple en Él, el plan divino anunciado por los profetas. Como si todo el mundo bíblico se resumiera en una gran profecía que hablara de Jesús. Es el carácter definitivo del Reino de Dios. Este Reino se identifica con su propia persona.

Juan 8, 14: *Jesús les respondió: «Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio vale, porque sé de dónde he venido y a dónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy.*

Este es un texto de mucha importancia. Generalmente se entendía que no valía el testimonio que uno diera de sí mismo, hacía falta que otro diera testimonio de uno.

Jesús dice: “*Si no me creéis a mi creed a mis obras; ellas dan testimonio de mí*”.

Jesús tiene conciencia de que está testimoniando delante del mundo que **El y el Padre son una sola cosa**.

La defensa de un profeta habría terminado ahí: en las obras que Dios le concede hacer, como credenciales de su misión. Sin embargo el testimonio de Jesús no termina ahí: Él apela a su propio testimonio tan válido como el del Padre.

Esta autoridad que muestra Jesús a la hora de enseñar la muestra también a la hora de actuar. Los milagros de Jesús están llenos de esa misma autoridad. Mientras que los milagros que se hicieron en el antiguo testamento **se hacían en nombre de Yahvé; Jesús cura en nombre propio**: “*A ti te digo: ¡levántate!*”; “*Quiero, queda limpio*”; a la hija de Jairo le dice: “*Yo te lo ordeno, ¡levántate!*”.

También contrasta este modo de hacer milagros con los milagros que hacían los apóstoles en la Iglesia primitiva: siempre los hacían en nombre de Jesús. Pedro y Juan dice: “*En nombre de Jesús yo te digo...*”.

Jesús obra los milagros con una seguridad serena, expresando un dominio absoluto e indiscutible sobre las personas y sobre las situaciones con una sola palabra, un simple gesto, con el simple contacto de su persona o de sus ropas.

Estos milagros que Jesús realiza están hechos en un contexto religioso, humilde, nada vanidoso. Jesús nunca hizo milagros para “lucirse”, o para ahorrarse la entrega o el sacrificio. Es mas, ahí donde no había una fe sincera no quiso hacer milagros.

Permitidme en este cuestionamiento por la identidad divina de Jesús un testimonio de actualidad, que estos días ha salido a la prensa. Me refiero a un libro-entrevista que se ha publicado por parte de un periodista que se confiesa agnóstico es Michka Assayas que le ha hecho al famoso cantante del grupo U2. Bono da testimonio de Jesucristo y de que es consciente en su fe cristiana de que Jesucristo no puede ser un profeta mas, entre otras cosas dice:

*“La respuesta laica a la historia de Cristo, siempre dice algo así: “era un profeta, un tipo muy interesante, tenia mucho que decir en la línea de otros profetas –en la línea de Mahoma, Elías, Buda o Confucio-, pero la realidad es que Cristo no te permite decir esto, no te deja salir por ahí. Cristo dice: “no me llaméis maestro”, ni estoy diciendo que soy un profeta. SOY EL MESÍAS, **SOY EL DIOS ENCARNADO.***

La gente dice: “¡por Dios!, mira, intenta ser solo un profeta; un profeta es algo aceptable. Solo eres un poco excéntrico. Si ya estaba Juan Bautista que comía hierbas y saltamontes...pero, ¡por favor! No digas esa palabra de Mesías. Y Cristo responde: “Se que esperáis que vuelva con u ejercito para liberaros del mal, pero lo siento, Soy –de verdad- el Mesías”

*Así que lo que te queda –dice el cantante Bono- “**O Cristo era quien decía ser: El Mesías; o es que, entonces era un completo chiflado**” tipo Charles Manson, o como los de los explosivos que se ponían una cinta en la frente que decía “rey de los Judíos”.*

No Bromeo –le dice el cantante al periodista- La idea de que el curso de la civilización ha cambiado, que se ha vuelto del revés, después de Cristo, debido a un “chiflado”, eso es imposible de creer.

Pero no ha sido el único en proclamarse “Mesías” –le responde el periodista al cantante-

¡Si!, pero los demás no han cambiado el curso de la historia ni de nada” –responde Bono-

Cuando miro a la cruz de Cristo veo también mis estupideces, y también la de los demás. ¿Quién era ese hombre? –me pregunto-, ¿Era quien decía ser, o era solo un loco?.

Creo que es una pregunta a la que hay que responder. –Concluye el cantante, sorprendiendo al agnóstico periodista Michka Assayas, con una declaración tan sorprendente de fe.

Titulo del libro: (Conversaciones con Bono de Michka Assayas)

Es hermoso que nos demos cuenta de que la identidad de Jesucristo ha cuestionado, y cuestiona y que es de plena actualidad. Que sigue interpelando, que nadie se queda indiferente ante esa personalidad tan fuerte que nos obliga a tomar una opción; y a no quedarnos en terreno neutral.

Jesucristo no solo se presenta con una gran autoridad, sino que la hace compatible con un estilo de sencillez y libertad. Una **sencillez de corazón que proviene del conocimiento que tiene del Padre**, y de la relación que mantiene con El:

Mateo 11, 25-27: En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: «Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.

Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

La humildad y la sencillez llegan, en Jesús, a un nivel tal, que hacen que uno se pregunte sobre su origen.

La autoridad de Jesús no se ajusta a esa forma humana de ejercer la autoridad, no es competitiva, ni busca el interés propio. Es una autoridad que se manifiesta por igual en la sublimidad de su palabra o en la acción humilde y sencilla. La vida de Cristo fue una vida de extrema sencillez y abandono a la providencia del Padre: *“Las raposas tienen sus cuevas y las aves sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza”* (Mateo 8, 10).

Jesús es humilde en su forma de enseñar, con una palabra cercana, directa; que fue comprendida por los más humildes, nunca intentó “deslumbrar”, ni llamar la atención de nadie.

Nunca salió de la boca de Jesús una palabra de alabanza propia, no dio jamás oídos a palabras lisonjeras. Escoge por discípulos suyos a pobres pescadores, por amigos a publicanos y pecadores; y reprocha a los suyos la búsqueda de prestigio y honor:

Mateo 20, 26-28: No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.»

Llama la atención la serenidad y el amor con que Jesús trata a los suyos y a los enemigos. Como, ante la traición de Judas Jesús dice: *“Uno de vosotros me va a entregar”*. Y otro tanto ocurre con la traición de Pedro: *“Jesús se volvió y le miro...”* (Lucas 22, 61).

Jesús no avasalla –con su autoridad lo podía haber hecho-, invita a la verdad.

A veces pide que cambiemos nuestra cruz por la suya, **como si conociera la angustia que oprime a cada hombre**; como si dijera: *“¡Dame tu cruz!, entrégame tus preocupaciones. Él nos dice: “Venid a mi los que estáis cansados y agobiados y Yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de Mi que soy manso y humilde de corazón y hallareis vuestro descanso”*.

Esta es la forma de Jesús que es capaz de compaginar la plena autoridad con la plena sencillez; y eso nos maravilla, porque sabemos que un humano no es capaz de compaginar esos dos aspectos.

El misterio es todavía más grande cuando vemos que Jesús actúa en plena libertad. Su vida es un verdadero culto a la verdad. Pedro nos recordara que jamás encontró en Él la mentira

Mateo 12, 24: Los fariseos se acercan a Jesús y le dicen: “Maestro, sabemos que amas la verdad, y no conoces el respeto humano, pues no miras la persona del hombre sino que enseñas el camino de Dios conforme a la verdad”.

Sus propios enemigos eran conscientes de que estaban ante un hombre amante de la verdad. Jesús mismo vivió la verdad con todas las consecuencias: *“Que vuestro modo de hablar sea sí, cuando es sí, y no cuando es no”* (Mt, 5, 35).

Lo que más contradice a Jesús es la hipocresía, la mentira, la simulación.

Jesús no tiene otra arma que la verdad. Es lo único que puede dejar en herencia a los suyos.

En el discurso después de la última cena, Jesús deja en herencia a los suyos **la verdad**: *“Yo rogare al Padre para que os de el Espíritu de la Verdad, pues cuando venga el Espíritu de la verdad El os enseñara toda la verdad”*. Ese es el testamento de Jesús. Su última oración al Padre es para que se consagre a los suyos en la verdad: *“Padre: ¡santifícalos en la verdad!”*. Conságralos en la verdad, santifícalos en la verdad: **TU PALABRA ES LA VERDAD**.

Jesús no tiene estrategias –la verdad tiene su propio peso, se impondrá por sí misma-.

Es así como Jesús desborda el ambiente social de su tiempo, rompe las barreras que aprisionan la verdad.

Jesús no formó parte del grupo de los fariseos, tampoco de los saduceos, ni de los celotes. Jesús estaba rodeado de grupos de presión y Él era libre frente a todos ellos. Trata con los publicanos, y se presenta

ante la mujer samaritana de una forma inaudita, defiende a la mujer adúltera; no tiene ni acepta prejuicio contra nadie; ni siquiera permite los lazos carnales con su familia que le quiten libertad: *“Estos son mi madre y mis hermanos, los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen”*.

Es libre para denunciar el pecado allí donde se encuentra. Este es Jesús, hasta llegar a decir: *“Nadie me arrebató la vida si no que Yo la entrego libremente”*.

Es el misterio de **AUTORIDAD DE SENCILLEZ Y DE LIBERTAD**, que vuelve de nuevo a plantearnos la pregunta: ¿Quién es **este Jesús que se identifica con la misma autoridad de Dios Padre?**

Y obtenemos la respuesta: *“YO SOY EL CAMINO LA VERDAD Y LA VIDA”* (Jn 14, 6).

Punto 588:

Jesús escandalizó a los fariseos comiendo con los publicanos y los pecadores (cf. Lc 5, 30) tan familiarmente como con ellos mismos (cf. Lc 7, 36; 11, 37; 14, 1). Contra algunos de los "que se tenían por justos y despreciaban a los demás" (Lc 18, 9; cf. Jn 7, 49; 9, 34), Jesús afirmó: "No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores" (Lc 5, 32). Fue más lejos todavía al proclamar frente a los fariseos que, siendo el pecado una realidad universal (cf. Jn 8, 33-36), los que pretenden no tener necesidad de salvación se ciegan con respecto a sí mismos (cf. Jn 9, 40-41).

Punto 589:

Jesús escandalizó sobre todo porque identificó su conducta misericordiosa hacia los pecadores con la actitud de Dios mismo con respecto a ellos (cf. Mt 9, 13; Os 6, 6). Llegó incluso a dejar entender que compartiendo la mesa con los pecadores (cf. Lc 15, 1-2), los admitía al banquete mesiánico (cf. Lc 15, 22-32). Pero es especialmente al perdonar los pecados, cuando Jesús puso a las autoridades de Israel ante un dilema. Porque como ellas dicen, justamente asombradas, "¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?" (Mc 2, 7). Al perdonar los pecados, o bien Jesús blasfema porque es un hombre que pretende hacerse igual a Dios (cf. Jn 5, 18; 10, 33) o bien dice verdad y su persona hace presente y revela el Nombre de Dios (cf. Jn 17, 6-26).

Una de las cuestiones que ayudaron para hacerse la pregunta de ¿Quién es este Jesús?, es la de que Jesús se presentó ante nosotros *“dando cumplimiento a la llegada del Reino de Dios”*. Existía una expectativa del pueblo de Israel a la llegada del Reino de Dios. Jesús da a entender que el Reino de Dios no tiene una dimensión geográfica ni política –tal y como esperaban los Judíos–, sino mas bien religiosa y moral: Que el reino de Dios es la sujeción del hombre al dominio de Dios; que no es la esclavitud de un señor tiránico, sino que es la aceptación libre y alegre de la acción amorosa de Dios. Es el **amor gratuito de Dios, no es a cambio de nuestros méritos**, es una acción salvífica de Dios y su aceptación -¡jojo!- por parte del hombre.

Esta predicación que hizo Jesús del Reino de Dios implica una idea nueva de Dios, en clara contraposición que tenían los fariseos. Que tenían una imagen del merito, de la teología del merito que desfiguraba el rostro de Dios. Ellos pensaban que a base del esfuerzo en el cumplimiento de la ley, se sentían con derechos delante de Dios. Es un Dios al que ellos intentan controlar, delimitar, como si le comprasen a Dios con sus méritos. En esta lógica “Dios no podía amar a los pecadores”, porque esos no tienen “méritos” para “comprar” el favor de Dios.

Jesús trastoca esa imagen manipulada de Dios. Lo más radical en la predicación de Cristo consiste en la presentación de un Dios **que es Padre misericordioso que ama GRATUITAMENTE**. ¡Escandalosamente gratuita, por encima de todo merito!. Con una sola condición: con la condición de que seamos capaces de creer EN LA MARAVILLA INMERECEADA DE LA MISERICORDIA DE DIOS PADRE. Sabernos **mendigos** de la Gracia de Dios.

Curiosamente, el rechazo que Jesús observo en los fariseos que se consideraban “con méritos”; hoy las cosas están parecidas, porque nos encontramos una generación que se presenta como “autosuficientes” delante de Dios, que dice: “Yo ni mato ni robo, soy una persona justa, soy una persona legal, yo no tengo que pedir perdón por nada...” Nos encontramos con un rechazo de la Gracia parecido que el que pudieran tener los fariseos ante el mensaje de Jesucristo.

El mayor pecado del hombre consiste en no ser conscientes del don y el regalo de Dios que NOS SALVA, no ver que la salvación esta por encima de nuestros méritos, **que no somos nada sin el regalo del PERDON**, sin la Gracia de Dios que nos hace Hijos, que nos purifica y transforma.

El medico ha venido a los enfermos, no a los que se creen sanos. Aquellos que son capaces de NO orgullecerse con méritos propios, están en una situación privilegiada, para comprender la misericordia de Dios. El “Buen ladrón” tenía una situación mas privilegiada para recibir la salvación de Dios que los fariseos; el “buen ladro” se sabia pecador –porque había robado-, no se podía “autoengañar”; pero los fariseos se “autoengañaban” –pensaban que no eran pecadores-.

A veces cuando nos vemos que ante determinados pecados y debilidades no terminamos de salir y volvemos a caer, tenemos que llegar a decir: **¡BENDITO PECADO QUE NOS LLEVA A SER MAS CONSCIENTES DE LA NECESIDAD DE CRISTO!**.

Por todo ello Jesús nos asegura *“que hay mas alegría en el cielo por la conversión de un pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos” (que no necesitan convertirse)*.

Ante Jesús los hombre se dividen en dos categorías: **los sencillos y los autosuficientes**.

La famosa parábola del “hijo prodigo” (Lucas 15), Jesús la pronuncio para justificar su comportamiento con los pecadores. El hermano mayor representa al fariseo, que cree que cumple perfectamente la ley y que se escandaliza de la misericordia de Cristo, que come con los pecadores.

En definitiva: **El Reino de Dios se identifica con el mismo Jesús**: *“El Reino de Dios esta entre vosotros”*

Lo dejamos aquí.